

VI Jornadas Internacionales Hannah Arendt. Conflicto, discurso y política: A 60 años de La condición humana.

Centro de Investigaciones en Filosofía, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

22 al 24 de agosto de 2018

Título del trabajo:

Interrupciones y milagros: pensar con Arendt el desvío latinoamericano.

Autor: Javier Trímboli

Pertenencia institucional: FaHCE-UNLP

La invitación que me hicieron los organizadores de estas jornadas y explica algo probablemente inexplicable, que esté aquí tomando la palabra, entiendo desde ya que se originó en la suposición de que podía decir algo que fuera de valor entre quienes leen y estudian a Hannah Arendt con pausa y sistema. Presunción que me compromete, compromiso que asumí. Lo mío es la Historia, principalmente mi condición es la de profesor de Historia; también el ensayo, es cierto, intentar escrituras que den cuenta de un pasado que nunca termina de ocurrir; y lo que se sigue llamando divulgación, aunque no es nada justo ese nombre. A esta altura es casi proverbial la enemiga que tienen los historiadores, por lo menos los que son principales en la Argentina, no diría sólo ni principalmente con la teoría, sino con la posibilidad de echar luz y sombra a su tarea con pensamientos que provengan de otras esferas del saber, de otras perspectivas que así quedan situadas irremediabilmente bajo sospecha. Desde ya, preferiría que estas palabras fueran dichas desde la autoridad que confiere un largo trato con una obra, también desde las experiencias institucionales que hubieran ido puliendo ese trato, pero lamentablemente no podrá ser así. Hay mucho, demasiado a mi gusto, de asunto

individual, de lecturas a solas, que además poco han contagiado. Para colmo, es evidente que estas Jornadas hicieron que me ganara el entusiasmo y me animara con un título, con la promesa de hablar de un tema como éste.

Hace unos pocos días, precisamente el viernes pasado 17 de agosto, conversaba con colegas profesores, varios directivos de escuelas públicas de la provincia de Buenos Aires; era en el marco de un seminario sobre didáctica de las ciencias sociales, al que me habían invitado a dar una clase. Problema en nada menor y por lo general inadvertido: se desdeña en la profesión historiadora casi todo lo que implique cierto extrañamiento con lo que se hace, pero no se sospecha de la didáctica y, menos aún, de las ciencias sociales. Me detuve en un momento y les comenté a los colegas sobre el encuentro que San Martín mantuvo con los indios pehuenches, entre los últimos días de septiembre y los primeros de octubre de 1816, o sea, en los preparativos ya avanzados para cruzar los Andes y batirse con su ejército contra los realistas que se habían vuelto a apoderar de Chile. Ocho días duró la reunión que se celebró con mucha pompa, pompa desprolija, polvorienta, en el fuerte de San Carlos. Concurrieron cantidad de indios e indias con sus caciques. San Martín y los suyos llegaron repletos de mercaderías que sirvieron para sellar la amistad. Características orgiásticas, de bacanal, escribe Bartolomé Mitre que revistió esto. Y San Martín permaneció 6 días. Luego de convenir la colaboración en la guerra contra los españoles, que sólo querían la esclavitud de criollos e indios, San Martín se abrazó con los caciques uno por uno. En efecto, no lo dije mal, es Mitre quien recoge esto y lo cuenta en su libro clásico de 1887, tan denostado por ser expresión de una historia tradicional, de grandes héroes, de lo que se entiende como meras anécdotas y sin procesos. O con uno sólo, que subyacería, el de la formación de la nacionalidad argentina. En el libro de Ricardo Rojas de 1933, *El santo de la espada*, se vuelve sobre este hecho, se lo narra una vez más. Pero después se desliza hacia la boca de lobo del olvido, postergado, al punto de que en la película de Leopoldo Torre Nilsson que lleva el mismo nombre, de 1970, de las más vistas del cine argentino, no se le dedica más que tres segundos: los indios con los hombros cansados, sentados en la tierra y dándonos la espalda; San Martín de pie y leyendo, de riguroso uniforme.

Con Arendt, les decía a los colegas de los peligros que corre la “verdad factual”, la “verdad de hecho”, su fragilidad mucho más cierta que la de los axiomas, que la de las hipótesis. De la larga asamblea con los pehuenches no queda casi nada, parece mentira, y lo que sí sobrevive, apenas oscilante, es la impresión de que San Martín era un

estratega vivazo, que se las sabía todas y ganaba batallas casi solo, con su almohada. También, cosa que lanza Mitre para interpretar a ese encuentro, que los indios tenían “natural perfidia”, cosa que San Martín y todo argentino de bien, agreguemos, conocía y conoce. De Rojas sobrevive otra interpretación, he aquí la oscilación, la de la Patria Grande que sería el objetivo de San Martín. Les recordé también que en la película *La historia oficial*, un militar retirado de alta graduación, en vena risueña le comenta a la profesora que interpreta Norma Aleandro las graves dificultades que imagina para su tarea de enseñanza de la Historia, porque “su sobrino tiene 16 años y no cree siquiera que San Martín haya cruzado los Andes”. El borramiento de esas “verdades de hecho”, de esos acontecimiento, conlleva, cité y cito a Arendt, a “que el sentido por el que establecemos nuestro rumbo en el mundo real –y la categoría de verdad contra falsedad está entre los medios mentales para conseguir este fin-, quede destruido”. Se “nos roba el suelo de debajo de nuestros pies y no nos pone otro para pisar”. Hasta acá lo mío. Una profesora, curtida en estos trajines de la docencia, parece tomar la palabra por todos. Se interesa por el planteo pero añade que enseñar esto, que poner ahí el énfasis de la enseñanza, es una recaída en el positivismo... Es decir: más allá de cierto chispazo que esto pareció producir no convencí a nadie.

Muy condensadamente, de manera asaz apretada, me atrevería a señalar que no es mucho más que esto lo que quiero decir. Que Arendt habilita a que esto se pueda pensar, a que se le otorgue toda su densidad política a las “verdades de hecho” que sostienen al pasado y a nuestra vida colectiva. Que se trata de calibrar todo lo poderoso del flujo incesante de información y actualidad, de opinión y explicación, que impide detenerse, volver y respetar las verdades factuales, cosa que implica una forma de apreciar al mundo, de evitar o al menos poner demora a su pérdida. Golpean a los ojos las mejoras, mucho más que económicas que envuelven la vida de indios e indias en el Alto de Bolivia, también de cholos y cholas. Se sospecha el esfuerzo ingente, probablemente infructuoso, para que ellas y su gozosa materialidad no posterguen ni arrasen de la memoria lo que fueron siglos de humillación; tampoco, mucho más sencillo parecería ser, lo que fueron las jornadas luctuosas de la guerra del gas en 2003 y 2005, cuando desde el Alto la población fieramente organizada cercó La Paz, como lo había hecho Tupak Katari a fines del siglo XVIII y los mineros de la COB en 1952. Obsesionado se muestra Reynaldo Iturriza en Venezuela por hacer recordar, para que los propios recuerden, lo que fue el Caracazo de 1989.

Pero desanudado el ovillo e intento seguir tirando de algunas de las puntas que asoman. Quizás pueda decir que mi encuentro frágil y también quizás injusto con Arendt, como si hubiera entrado a saco en sus libros, tomó impulso a partir de una de sus observaciones bien precisas. O que al menos leí así. En crisis, agotada la tradición, pero también en crisis y agotada la historia que pretendió ser su sustituta, que fungió de tal, la cultura luce como “un campo de ruinas”; hecho que puede ser considerado deplorable y es sin dudas peligroso pero abre -hasta aquí la glosaba, ahora la cito- “la oportunidad de mirar al pasado con ojos a los que no oscurece ninguna tradición”, mirarlo “de modo directo”; o, de otra manera: “Al perder la tradición, también perdimos el hilo que nos guiaba con paso firme por el vasto reino del pasado, pero ese hilo también era la cadena que sujetaba a cada generación a un aspecto predeterminado del pretérito. Podía ser que sólo en esta situación el pasado se abriera a nosotros con inesperada frescura y nos dijera cosas que nadie había logrado oír antes”. Sin autoridad el pasado, de la conferida por la tradición o por las filosofías de la historia, todo él deviene asunto desechable. Este es el peligro extremo de la época que no obstante convive con una chance embriagadora, voluptuosa. La de ver mucho más que lo que se podía ver. En los pliegues que desocultan lo que llevaban dentro, ver a las montoneras de los llanos riojanos, al Chacho Peñaloza y a su mujer que en La Rioja es más amada que él. Victoria Romero, la Víctor, sobre la que Sarmiento no escribe ni una palabra y a quien Eduardo Gutiérrez, ese escritor por mucho tiempo ninguneado, le dedica largos pasajes en sus libros. También vémoslas, sin el salvavida mortífero de la pura explicación, con el libro genial y brutal que Sarmiento escribe sobre la guerra contra el Chacho, luminoso y asesino a la vez. Porque ese libro es parte del mundo aunque nos den ganas de que éste no sea así. De vuelta el peligro: la impresión de que el entero mundo está en riesgo, unánimemente, y que por lo tanto la tarea de la cultura, de una política de la historia, es nombrarlo. No sólo el Chacho Peñaloza estaba a punto de ser borrado de la foto de la historia argentina, como Trotsky, sino también Sarmiento que se ha vuelto intratable para la sensibilidad positiva y consumidora de la época. Para cualquier “me gusta”.

Además. Si llegamos a Arendt, como invasores verticales, fue por la insatisfacción ante lo que aportaban otros pensamientos a la hora de pensar lo que se estaba haciendo, lo que estábamos haciendo. No me animo a hablar de la posición de quienes militamos, trabajamos e invertimos muchos años, de los mejores, en este desvío latinoamericano que a toda costa se quiere rectificar, sin saltar a la primera del plural. Sin red, o con una

agujereada. También, adelanto, con intención de calibrar su debilidad. Siempre ha habido negadores conspicuos de revoluciones, en verdad es mucho lo que está a su favor. Lamentablemente, contra lo que pensaba Bob Dylan, el pronóstico del tiempo es de ellos, les pertenece. “Los unicornios y las hadas son, al parecer, más reales que el tesoro perdido de las revoluciones”. A Tulio Halperin Donghi le interesó discutir con los que se esforzaban en empañar hasta que no quede nada de lo que había sido Mayo de 1810, distorsionar su condición de revolución que a él, obvio, le simpatiza, no puede pensarse sin ella. Escribe un libro, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, que es contemporáneo a *Sobre la revolución*, en los primerísimos sesenta, deberían leerse juntos. Después, se mofa un poco de quienes con manual marxista en la mano no vieron que el peronismo también había sido una revolución, una que a él lo encontró militando en su contra, que poco menos que abominó. Como si sólo correspondiera hablar de tal cosa si se produjera una transformación radical del régimen de propiedad. O como un acto que es de una vez y para siempre, inscripto entonces en el orden necesario de las cosas. Sostiene Arendt: necesario en la historia sólo son los procesos automáticos, la repetición de los procedimientos de la lógica administrativa. La ocasional interrupción de los mismos, cada vez más ardua y cuesta arriba, es la mejor definición que Arendt encuentra de libertad. Es la “infinita improbabilidad”, tan emparentada al milagro, que en la historia efectivamente sucede, ayudada por contingencias que ponen freno al desastre de lo que ocurre automáticamente. Después de todo, la asamblea entre los pehuenches y San Martín, increíble como un unicornio, también fue un acontecimiento sólo posible como parte de una revolución. Una forma hartamente desacralizada del milagro es la que le interesa Daniel James para referirse al peronismo, forma que también usa Alejandro Kaufman en una entrevista reciente: las vacaciones de la clase obrera.

Si es tanto lo que conspira contra las verdades de hecho, no es menos difícil la situación que atraviesa la facultad de actuar y de comenzar algo nuevo, otra vez topamos con la libertad. Por una cosa y por la otra, el tesoro perdido de las revoluciones amenaza con esfumarse, con volverse irreconocible, intransmisible también. Quizás los republicanos conservadores del continente tengan alguna letra de la que agarrarse a Arendt. (Vi un cortito en el desguasado canal *Encuentro* en el que Santiago Kovadloff dice que habla de Arendt pero sólo eran generalidades, en una de éstas un problema del formato, de la tiranía de la televisión y sus tiempos acotados). De aquí no pueden tomar nada: “Y creo que puede demostrarse que ninguna otra habilidad humana –se refiere a la facultad de

acción del hombre— ha sufrido hasta tal punto a consecuencia del progreso de la edad moderna (...) Cuanto más grande se torna un país en términos de población, de objetos y de posesiones, más grande será su necesidad de administración y, con ella, el poder anónimo de los administradores” (*Sobre la violencia*). Es la desesperación ante esta pérdida, que desde hace tiempo nos amenaza y siempre lo hace un poco más, lo que condujo a la “glorificación de la violencia” en los primeros setenta. Escribe glorificación, es cierto, pero no se trata ni de demonios, ni de mesianismo o irracionalismo. Pier Paolo Pasolini por esos mismos años escribe algo muy parecido: la radicalización post 68 ocurre porque la revolución obrera anhelada largamente ya no tendrá lugar.

Recordemos lo que escribía célebremente Deleuze en 1990: “el capitalismo ha guardado como constante la extrema miseria de tres cuartas partes de la humanidad: demasiado pobres para la deuda, demasiado numerosos para el encierro”. La parte, enorme, que nos ha tocado al sur del Río Bravo y que nos impide encajar plenamente en la mera administración de la agonía. Esa condición lábil, incompleta, favorece a los accidentes, a que las infinitas probabilidades ocurran. A que el poder quede tirado por el piso y haya quien -dice Arendt que eso es un revolucionario-, se anime y lo recoja. René Zavaleta Mercado escribía, y García Linera lo retomaba, que las hegemonías envejecen, también se cansan. Entre nosotros mucho más seguido se dejan ganar por el cansancio. En contraparte, se ha vuelto sencillo identificar a quienes nos quieren llevar a ese estado del mundo en ruinas y pletórico de consumos, de mera reproducción del desastre.

Un compañero, o camarada, delegado de los trabajadores del subte de la ciudad de Buenos Aires decía en un reportaje en 2010: “Pero en esos años la ideología que sostiene al sistema capitalista estaba siendo socavada. Experiencias como las del Club del Trueque, los piquetes de ruta por todo el país, las fábricas recuperadas, las asambleas populares generaban un pensamiento muy importante sobre la posibilidad de vivir de otra forma. El gran trabajo que hizo Kirchner fue recrear la conciencia de que en el capitalismo se puede vivir, reconstruir la ideología de que uno trabajando, intercambiando, comprando y vendiendo, puede vivir feliz. Nos inculcó entonces que la falla no es del sistema sino de determinados políticos”. A esto quizás deberíamos sumarle una observación de Alicia Kirchner en una entrevista que le hizo Ricardo Forster en 2013 y por *Encuentro*. Al comienzo de su gestión desde del Ministerio de Desarrollo Social, todas las semanas las organizaciones sociales se movilizaban hasta su emblemático edificio para exigir por sus demandas. No pasó mucho tiempo antes de que

le planteara que las atendería satisfactoriamente, cosa que hizo, pero que no hacía falta la movilización, que se podían quedar en sus casas. Desde ya, nada entre nosotros -probablemente sí en Bolivia- tuvo el poder, la iniciativa y la vitalidad de los *soviets* o de los *rate* o de esos municipios que imagina Jefferson. Lo que más se asemeja es eso que recuerda el compañero metrodelegado. ¿Se podría decir que fueron aplastadas por el Estado, tal como indica Arendt que ocurrió en las revoluciones que jalaron la historia del siglo XIX y del XX? Por empezar, no hubo nada parecido a Kronstadt. Pero, además, no arriesgaría algo así sin reparar en la situación en que se encontraba el movimiento social luego de su momento álgido de lucha. A la vez, la fatiga, el agotamiento, ni qué decir el odio sistemático de la sociedad respetable, de buenos vecinos, siempre al acecho para aplastar toda libertad. (Entiendo que este acento se ausenta en las lecturas de Arendt). No obstante, es cierto que esto que ha ocurrido en una porción de países de América Latina, que aún sigue ocurriendo en tanto que lo que impera hoy es la reacción ante eso, reposicionó al estado-nación, lo volvió a hacer, ya otro, sujeto político fundamental. Y no hay poca osadía acá. Escribe Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, en ese capítulo fundamental que es “La decadencia del estado-nación y el final de los derechos del hombre”, que tanto le interesa a Giorgio Agamben y a Judith Butler: “Las condiciones del poder moderno [...] hacen de la soberanía nacional una burla excepto por lo que se refiere a los estados gigantescos [...]”. Disculpen la fecha, plantea esto en 1951, es decir, semejante burla no ha parado de crecer. Eric Hobsbawm, que había sido lapidario con *Sobre la revolución*, en su *Historia del siglo XX* de 1994, junto con la clase obrera destaca que los estado-nación son los principales derrotados del final de siglo. Volver cierta esa soberanía, a contrapelo de la historia, fue toda una aventura política.

Junto con el estado, como su subproducto inexorable, resurgió como pocas veces y ocupó el centro la lengua de los derechos. Los invito no sólo a leer las publicaciones que el colectivo *Situaciones* producía hacia el 2000, 2001, 2002, en conversación con los movimientos sociales, sino un breve documental de SUTEBA, “Caminar rompiendo esquemas”, de 2002, para advertir que ahí ni estado, ni derechos constituyen tema. Directamente se ha decidido producir vida en común más allá de ellos. Resituarse al estado y a los derechos fue un logro fundamental, a destiempo, pero a la vez en tanto se lo quiso pensar tan sólo como la recuperación de una normalidad, desfibró a un movimiento de masas, a una parte de la sociedad, que había sacado conclusiones más exigentes sobre su devenir en el capitalismo extremo. Concluyo esto, creo y me

preocupa, muy cerca de Arendt que en este punto es tremenda. El panorama ante sus ojos es fundamentalmente el de los sin estado, porque el estado se ve excedido por flujos de migración que lo superan, porque el estado, amenazado en su soberanía, ya no puede ni quiere proteger los derechos. ¿Cómo se sigue después de esto? No nos animamos a concluir, sólo advertimos que la reflexión de Arendt es valiosa como pocas para pensar lo que se hizo. Por último, cómo pensar la acción –también la revolución y su milagro– cuando es un asunto inscripto en la época larga en que “la vida” se ha erigido en el “bien supremo”? Por lo tanto, que le pone límites estrechísimos a la acción. Cuando no hay a quien se le ocurra tomarse en serio, ni siquiera bromear con “Patria o muerte”. “Patria o heridas leves” como escribía en una carta, brutal en la ironía, Julio Roqué.